

FUNDACIÓN IDEAS PARA LA PAZ



Desde adentro

Número 9 / Junio de 2007

El grito Wayúu

Por Katrin Bolaño Barros

Con mantas rojas para evitar ser tocadas por las fuerzas del mal y erradicar las energías negativas de su ancestral territorio guajiro, llegaron vestidas las mujeres wayúu al Jain Tüu Wapushikat. Era un sentido acto simbólico de dignidad para recordar a todas las víctimas de su pueblo, tanto a las que tienen nombre y rostro conocido como aquellas anónimas y desconocidas aún hasta por las frías estadísticas. Ese sábado 14 de abril se cumplía un mes exacto del asesinato de una mujer muy querida por la comunidad. Osiris Jacqueline Amaya Beltrán, madre de dos hijos de 8 y 14 años, maestra wayúu, tenía 36 años y era bella, alegre, de buen trato y cariñosa.

La encontraron degollada en unos matorrales a orillas del arroyo *Gritador*, en el área rural del municipio de Hatonuevo. Con este relato de su muerte comenzó el ritual que duró todo el día. Era una manera de rendirle un tributo póstumo a sus seres queridos. Osiris era apenas la última víctima de una dolorosa y larga lista que, según lo que se conoce, sobrepasa los doscientos wayúu asesinados o desaparecidos entre 2000 y 2007 por los diferentes actores armados, especialmente por las autodefensas.

El Jain Tüu Wapushikat, que en wayunaiki significa, “*por el alma de nuestra gente*”, era una manera de dejar el miedo y romper el silencio forzado al que han sido sometidos, para dar a conocer a la luz pública los crímenes contra su comunidad. El lugar escogido era también alegórico: un punto conocido como Cuatro Vías, en medio del desierto guajiro en la carretera que conduce de Riohacha a Maicao; la puerta de entrada al territorio wayúu. Desde allí, los cabildos indígenas de la Baja Guajira y la Fuerza de Mujeres wayúu querían gritar a los cuatro vientos lo que les pasa, para que se conozca en el país y en el mundo la enorme dimensión de su dolor.

Los anima la urgencia de proteger a sus hijos, padres y hermanos. Cada uno dijo lo que sentía. Yusmelis Beltrán, sobrina de Osiris, no entiende por qué acabaron con la vida de su tía. Quisiera preguntárselo al hombre que detuvieron en Magdalena, acusado de cometer el crimen. Y que le diga si tuvo cómplices, y que paguen todos en la cárcel. En los últimos tiempos, el terror amordazó la palabra de los wayúu y en el desierto se impuso el silencio. Hacia fuera se decía que allí no pasaba nada distinto a las atávicas guerras entre clanes, mientras la violencia se ensañaba contra los suyos como nunca se había visto. Memoria, transparencia, justicia, no repetición, fueron las palabras de Karmen Ramírez Boscán del cabildo Wayuu Nöüna de Maicao.

La oütsi (espiritista) Eligia Bonivento, una viejecita encorvada de más de ochenta años, que dirigía el ritual cantaba y oraba en wayunaiki para purificar la tierra, el espacio y el entorno. Al ritmo de una maraca y de la kasha (tambor), buscó el lugar donde se levantaría el monumento a las víctimas. Lo halló bajo la sombra protectora de un árbol de trupio. Allí pusieron 13 múcuras de diferentes tamaños. Eligia le indicó a cada familia que escribiera en un papel con letras rojas el nombre del pariente asesinado, así como el lugar y fecha de su muerte. Uno a uno, fueron depositando las hojas escritas en los recipientes de barro. Luego los cerraron, como si fuera un entierro.

Son tres las muertes para los wayúu. La primera, la muerte de la carne. La segunda, después de 10 años, cuando las familias sacan los restos de su difunto, los depositan en un osario especial y el espíritu emprende el viaje definitivo hacia Jepirra para tener el encuentro con el agua. La tercera, cuando los restos

mortales son llevados a un sitio sagrado y puro en el que permanecen por siempre.

Para finalizar la ceremonia, la guía espiritual mezcló un poco de paliise –planta roja curativa que usan las mujeres como polvo facial para proteger sus rostros del sol– con agua y roció las mucuras. Quedó en éstas la señal de la sangre derramada en la tierra de los wayúu. Cansada, pero sonriente por el deber cumplido, Eligia se alejó diciendo: *“Los dejo descansar en paz y en diez días regreso a visitarlos”*.